



Sexo y Sexualidad.

Sexo y sexualidad tienen una misma raíz lingüística, pero mientras el sexo se designa desde la anatomía, la sexualidad se constituye simbólicamente desde y en la cultura.

Lo sexual se concibe como el conjunto de características genotípicas y fenotípicas del cuerpo humano con base en las cuales son clasificados los individuos por su papel potencial en la reproducción biológica. Sin embargo a esta definición estática puede incorporarse otra más dinámica que entiende esta atribución como un proceso denominado sexuación, que puede ser comprendido como los caminos por los cuales el ser humano deviene sexual, es decir por el cual adquiere las condiciones y los atributos que individual y socialmente lo identifican como miembro de uno u otro sexo, o de sus variaciones.

El sexo aparece como el producto final de un conjunto de procesos multivariados y secuenciales que implican mecanismos complejos prenatales de tipo fundamentalmente biológicos (niveles genéticos, endocrinos y neurológicos) a la par que un desarrollo a lo largo del ciclo vital de carácter eminentemente psicológico.

La variable llamada sexo se consideró solo según las características exteriores que cada individuo presentaba hasta las investigaciones de comienzo del siglo XX, que determinaron los siguientes parámetros en su constitución:

- Patrón de cromatina sexual
- Sexo Gonadal
- Sexo Hormonal
- Morfología genital externa
- Estructuras reproductoras accesorias internas
- Sexo de asignación y crianza
- Rol genérico.

J. Money señala este proceso como una carrera de relevos.

- Primer determinante: Factor genético
- Segundo determinante: Hormonas
- Tercer determinante: La sociedad en su conjunto a través de la asignación sexual. Del sexo de crianza que dirigirá el comportamiento inicial en forma dimórfica.

Sexualidad

La definición de “Sexualidad” no deja de ofrecer dificultades tanto teóricas como prácticas¹, y antes de intentarlo es relevante introducir algunas consideraciones generales. Lo primero a destacar es que ninguna cultura humana conocida ha colocado al sexo y sus funciones en un plano fisiológico corriente.

Los testimonios iconográficos y orales, contenidos en leyendas y mitos, revelan de que modo el misterio de la vida, la reproducción y la muerte permean las culturas del mundo. Desde el paleolítico es posible constatar el modo en que los seres prehistóricos, puestos en contacto con un universo enigmático, respondieron con un conjunto de creencias, costumbres y comportamientos mágico religiosos que transmitieron a sus sucesores estructurados en un cuerpo mítico.

En esas cavernas vivieron, pintaron, tallaron y finalmente crearon un ámbito ritual en el seno de la madre tierra, porque como toda mitología recuerda, el descenso a una caverna equivale a penetrar en el vientre de la tierra.

Allí han permanecido las imágenes simbólicas; los cazadores y las bestias heridas y también las hembras grávidas. Los danzarines rituales de cuerpos desnudos, las vulvas abiertas, los grandes falos y las omnipresentes venus paleolíticas, sin rostro pero de enormes pechos y abultadas caderas que dicen de la esperanza de fecundidad y procreación, lo que en definitiva representa la perennidad, porque es ella la mujer-tierra la dadora de vida. El hombre, sin conciencia del vínculo entre la unión sexual y la paternidad, debió admitir la poderosa magia del surgimiento de la vida desde el vientre fecundo femenino, desde sí misma, en lo que hoy conocemos como partogénesis.

El mito en acción crea una brecha en la vida cotidiana, acercando al ser a la divinidad y a los hechos de los dioses, y es en este sentido que

¹ Ver múltiples definiciones de sexualidad desde ópticas diferentes en Rivera D., Rodó A., Sharim, D. Y Silva U. (1995) Relación de Género y Sexualidad. Informe de investigación, documento de trabajo No 153, Sur. Centro de Estudios Sociales y de Educación. Santiago de Chile.

todo acto puede adquirir un valor religioso, como trabajar, sembrar, cosechar, tomar un alimento, o mantener relaciones sexuales. Estas acciones nunca son en el contexto del universo mítico, un simple acto fisiológico, sino un sacramento, una conexión con lo sagrado.

No existe sociedad alguna donde el acto sexual haya permanecido simplemente como un acto físico destinado a evanecer ciertas tensiones corporales, sino que por el contrario se constituyó en un núcleo básico para la organización social y la producción de regulaciones morales.

El testimonio de los mitos revela a un ser que organiza sus experiencias y sus actos en construcciones con sentido y significado, dándole la condición de una narración.

El pensamiento mítico, no es como se ha querido mostrar, un modo arcaico y elemental opuesto al más desarrollado pensamiento paradigmático o científico. Por el contrario refleja un modo contextual de relacionarse desde lo particular, lo sorprendente, de lo inesperado, de lo anómalo, irregular o anormal, encadenando las experiencias en historias que explican aquello que de otro modo carecería de sentido. Es así que se convierte en un instrumento para brindar significado a los sucesos del mundo social.

El testimonio de los mitos nos refiere a la existencia de un caos original que debe ser ordenado por los dioses, esta historia sagrada toma diferentes formas, pero posee un elemento común, el conflicto; porque la transición del caos al orden solo será posible a través de la subordinación de las fuerzas coexistentes a un principio rector, denominado ampliamente como Ley.

De este modo el mito cosmogónico refleja "allá en lo alto" el proceso ordenador que las sociedades humanas desarrollan "aquí en lo bajo" y que se muestra en la transformación de las hordas primitivas hacia grupos de mayor organización y formas normatizadas de convivencia. En el riguroso clima generado por las glaciaciones, solo podemos conjeturar las lentas modificaciones que se produjeron en el transcurso de siglos. Se han intentado diferentes explicaciones sobre la génesis de las normas. Una línea que va desde Darwin a Freud, y que se afirma sobre cierta etología elemental, define que el grupo familiar natural es dominado por los machos más fuertes, los que poseen las hembras y mantienen a los machos jóvenes alejados de ellas; los hijos así desposeídos abandonan el grupo, para atraer o capturar a hembras de otro grupo, incorporándose a este o formando uno nuevo.

Hay una explicación opuesta que afirma la característica básicamente matrística de este tipo de agrupamientos, sustentada en una ligación

estrecha entre las hembras y sus crías. Así aunque resulte que efectivamente las líneas de fuerza y dominio, pasan por los machos dominantes, la cohesión del grupo pasa por la vinculación entre las hembras, y se sustentan en las relaciones entre ellas y sus crías.

Las conexiones emocionales o afectivas resultarían de este modo el eje de sustento de un orden organizador, más eficaz probablemente que el ejercicio indiscriminado de una violencia de dominación. Esta idea debe considerarse a la luz de la afirmación de Maturana: quien sostiene que "las conductas que forman el dominio de acciones que en la vida cotidiana connotamos cuando hablamos de amor, son las que constituyen al otro como legítimo otro en la convivencia y como tales fundan lo social" (Maturana, 1990:5²)

Si este es el principio de lo humano, y su base de sustentación, ha debido obligatoriamente convivir y someterse a su opuesto, que es la destrucción del otro, o si se quiere la anulación del otro como un legítimo otro en la convivencia. El amor y la agresión aparecen como constantes, como pares antitéticos de una dialéctica intrapsíquica transcultural. Dos son las posiciones contrastantes por las que se ha pretendido explicar estas emociones, por un lado aquellas que encuentran en el sustrato biológico su origen y persistencia, anclando la interpretación en un determinismo causalista al que se puede llamar instinto, hormonas androgénicas o estrategias reproductivas. Y por otro las teorías sociológicas que ven en las formaciones sociales el origen de los fenómenos subjetivos, y por tanto cambiantes y modificables dentro de una perspectiva cultural e histórica singular.

En las culturas totémicas son los tabúes los que cumplen el papel de introducir un principio de orden en el universo, ejecutando un principio de clasificación de los actos permitidos, restringidos o prohibidos, y que simultáneamente organizan una serie de relaciones solidarias, pero que al mismo tiempo sustentan las jerarquías y los privilegios. Se han denominado interdictos a estas prohibiciones (Bataille, 1968³), y en el orden sexual su paradigma más conocido es la prohibición del incesto entre padres e hijos, que luego se habrá de ampliar y complejizar de acuerdo con las estructuras de parentesco. Adquieren una importancia similar las prohibiciones de contacto con la sangre menstrual, la de parto y la que proviene de la penetración.

² Humberto Maturana.1990. Prólogo al Cáliz y la Espada. Cuatro vientos. Santiago.

³ Georges Bataille. El erotismo. Tusquets. Barcelona. Fecha (')

Lévi-Strauss se pregunta que razones explicarían que el sexo tenga en todos los tiempos y lugares algún tipo de prohibición, él propone como única manera de averiguarlo pasar del análisis estático a la síntesis dinámica, "En materia de relaciones sexuales no se puede hacer cualquier cosa. El aspecto positivo de la prohibición es marcar un comienzo de organización". (Levy-Strauss, 1993: 80)⁴

Sitúa la prohibición del incesto como única ley universal y por si misma inaugura un nuevo orden; antes de ella la cultura aún no existe, con ella la naturaleza deja de existir, sería el primado de lo social, lo colectivo y lo organizado frente a lo natural, lo individual, lo arbitrario. Desde estas afirmaciones existe toda una línea teórica que sitúa la hipótesis represiva como un eje de análisis de domesticación de una sexualidad que no puede quedar librada a su albedrío, sino que requiere del control social para evitar el caos. De este modo se puede seguir la historia de los comportamientos sexuales como un conflicto entre la libertad del deseo y el ejercicio de la coerción. Sin negar, ni disminuir la importancia del fenómeno represivo que Occidente articuló a partir de dos sistemas de reglas: El orden de los deseos y la Ley de la Alianza. (Foucault, 1987:6)⁵, existe otra línea que focaliza su análisis hacia los mecanismos por los cuales se construyen y ejecutan las regulaciones como un proceso histórico singular, y se interesa en el modo en que la sexualidad se constituye en un dispositivo de poder productivo, capaz de generar goce -con una intencionalidad definida- y no solo de reprimirlo.

Lo expuesto hasta aquí pretende mostrar de que modo la actividad sexual a nivel humano ha sido y es un organizador social, y que la especie humana ha construido culturalmente en torno a lo sexual una diferencia esencial con cualquier otra especie viviente, que es su posibilidad de desprender la unión sexual de la reproducción, y en este ejercicio se coloca por encima del acto sexual en sí, para proyectarlo a un espacio vincular, en el cual la fantasía y la imaginación moldean la pura fisiología o los impulsos biológicos y los transforman en erotismo. Tal como lo afirmara Octavio Paz:

"La metáfora sexual, a través de sus infinitas variaciones, dice siempre reproducción; la metáfora erótica, indiferente a la perpetuación de

la especie, pone entre paréntesis a la reproducción" (1993:24)⁶

Definiciones de Sexualidad.

Es así, como se han hecho múltiples referencias desde diversos enfoques para definir el concepto de *sexualidad*. Algunas se centran en las pulsiones y los instintos y otras integran aspectos de orden sociocultural.

Por esto resulta posible encontrar distintas definiciones que ponen énfasis en unos u otros aspectos.

En un estudio realizado por Rivera, D; Rodó, A; Sharim, D; Silva, U., (1995), se presentan diversas concepciones respecto de qué es lo que se entiende por sexualidad.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1992), define la sexualidad como "un conjunto de condiciones anatómicas y fisiológicas que caracterizan a cada sexo".

"La sexualidad es el conjunto de características biofisiológicas, psicológicas, afectivas, sociales y espirituales que distinguen al hombre de la mujer". Hablar de sexualidad podría ser análogo a hablar del *ser humano* en sí mismo, esto, debido a que ella se confunde con nuestra personalidad; "es todo nuestro ser y no sólo lo anatómico-funcional el que es sexuado" (Romo, W., 1990).

Según Weeks, J, (1985), "la sexualidad tiene tanto que ver con las palabras, las imágenes, los rituales y las fantasías, como con el cuerpo". Para él, nuestra manera de pensar en el sexo modela nuestra manera de vivirlo (Consejo Nacional de Población, 1994).

Por su parte, De Barbieri (1995) plantea que la sexualidad humana no se remite solamente a un intercambio físico ni a la reproducción de la especie. "La sexualidad es el conjunto de las maneras muy diversas, en que las personas se relacionan con otros seres también sexuados, en intercambios, que como todo lo humano son acciones y prácticas cargadas de sentido" (citado en Espinoza, C. y Ponce, M., 1998).

Mueller (1992), hace alusión a que "la sexualidad es un concepto comprensivo que abarca tanto la capacidad física de excitación y placer erótico, como los significados personales y socialmente compartidos con relación al comportamiento sexual y a la conformación de identidades sexuales" (citado en Espinoza, C. y Ponce, M., 1998).

⁴ Levy-Strauss, C. Las Estructuras Elementales del Parentesco.

⁵ Foucault, M (1987) Historia de la Sexualidad. Tomo I. Madrid. Siglo XXI.

⁶ Paz, O. La Llama Doble. Amor y erotismo. Seix Barral. Barcelona. 1993

Esta definición distingue el comportamiento sexual como “aquellas acciones empíricamente observables (...) lo que la gente hace sexualmente con otros o con ellos mismos; cómo se presentan sexualmente, cómo hablan o actúan”. Se trata de un concepto biológico atravesado por la cultura. Esto permite entender la sexualidad como un producto social, como la representación e interpretación de funciones naturales en relaciones sociales jerarquizadas.

Rubio, E., (1983) plantea que los conceptos de sexualidad, pueden agruparse en dos polos de un continuo en el que, en un extremo, se encuentran aquellos modelos que atribuyen a la sexualidad un carácter imperativo biológico que, ante la estructura social y educativa, lucha por expresarse; en el otro, la sexualidad es vista básicamente como la resultante de la interacción grupal que, a partir de una base biológica relativamente invariante, origina la diversidad característica de ideas, sentimientos, actitudes, regulación social e institucional de lo que el grupo entiende por sexualidad (Consejo Nacional de Población, 1994)

Desde distintos ámbitos del conocimiento se habla de sexualidad, por lo que existen diferentes teorías que han intentado explicar la significación y el funcionamiento de la sexualidad en el ser humano. Estas, abarcan desde el estudio de la respuesta sexual, el deseo y su relación con la sexualidad, hasta la sexualidad como una consecuencia y un resultado histórico cultural, en donde la idea de sexualidad ha trascendido la noción de relaciones sexuales coitales y ha tenido un desarrollo en cuanto a su significación y conceptualización, por varios autores que han entendido el término según las características y determinaciones propias de cada época (Foucault, M., 1986).

Además de incorporar la complejidad cultural, es necesario reconocer la dimensión subjetiva del término, en tanto el discurso que subyace a éste puede variar de un individuo a otro, siendo sensible a las transformaciones sociales, a las modas, a los discursos de las personas, entre otros factores; “es por eso que sólo podemos comprender las conductas sexuales en un contexto específico, cultural e histórico” (Lamas, M., 1995).

Los componentes de la sexualidad sólo pueden ser entendidos a la luz de los procesos inconscientes que cada individuo vivencia a lo largo de los años en el devenir de su historia y que se enmarca en las propias experiencias personales en sus relaciones con el medio circundante; es una experiencia histórica y a la vez personal.

El identificarse con nuestra personalidad, implica dos propiedades esenciales del ser humano: la conciencia y la afectividad. Mediante la diferenciación sexual tomamos clara conciencia de que somos distintos, que estamos separados unos de otros, con lo cual nos sentimos llamados a la complementación. Esto es superado mediante la afectividad; la que nos permite salir de la soledad, trascendiéndonos a nosotros mismos (Romo, W., 1990).

La sexualidad entonces, se expresa como un lenguaje comunicativo con el otro ya que mediante gestos, palabras, sentimientos y miradas, uno se expresa desde su propia existencia y alcanza al otro (Montecinos, S., 1990).

Como se puede observar, a partir de lo anterior, existen varias definiciones de lo que es la sexualidad humana, sin embargo, una de las ideas fundamentales de la sexualidad: es lo que un grupo social en particular entiende, lo que a cada individuo en particular le significa, el término sexualidad es el resultado de cómo (el individuo o el grupo) ha construido el concepto. En efecto la sexualidad es, ante todo, una construcción mental de aquellos aspectos de la existencia humana que adquieren significado sexual y, por lo tanto, nunca es un concepto acabado y definitivo, pues la existencia misma es continua y cambiante (Consejo Nacional de Población, 1994).

Ahora bien, según todo lo anteriormente mencionado, es importante considerar que abordar el tema de la sexualidad, implica inevitablemente, considerar el de la cultura.

La sexualidad no puede ser concebida fuera de un contexto cultural determinado, y es en este sentido, está sujeta a todos los condicionamientos del mismo. La manera en que los seres humanos nos comportamos, como seres sexuales, se ve influenciada entonces, tanto por el sexo biológico con que nacemos, como por el rol sexual que nos es otorgado por el medio; es decir, por nuestro sexo y nuestro género. Este último cobra importancia en tanto permite develar la narrativa histórica que la cultura ha armado en torno a la sexualidad.

Se dice entonces, que está sujeta a una construcción social.

La cultura nos enseña cómo ser mujeres y hombres, mostrándonos los roles o tareas esperadas tanto para unos como para otros; nos muestra, además, qué funciones o papeles debemos cumplir como padres, hermanos, hijos, esposos y trabajadores, entre otros, en determinados ámbitos; inculcando actitudes, creencias y valores, que marcan en gran medida prescripciones y prohibiciones en nuestros modos de comportamiento, de expresión, de pensamiento y de

sentir diferencialmente en tanto se pertenezca a la categoría de lo masculino o femenino.

Las culturas necesitan resolver cómo organizar esa diferencia, para ello crea una construcción social sobre esta, con lo cual se establecen las nociones de lo que significa ser masculino y femenino. Es así, como el género es la construcción social del sexo.

Estas nociones de género, roles, valores, creencias y procesos de socialización, entre otros, se relacionan estrechamente con una dimensión central que es la construcción de la identidad de los individuos.

Con lo anterior, se reconoce la importancia que puede llegar a tener la asignación de roles aprendidos diferencialmente para mujeres y hombres en nuestra cultura. Esta, se arraiga en los individuos y se manifiesta en los modos de concebir la realidad, de vivir y afrontar la vida, en la manera de relacionarse, que llega hasta el plano de la sexualidad y penetra en ella determinando la identificación sexual en concordancia con la normativa y los mandatos culturales.

De este modo, es que se determina una polarización de roles asignados, generándose un discurso hegemónico para cada sexo, existiendo una división sexual del trabajo en donde el hombre habría de cumplir con roles más bien instrumentales. Además, se le atribuye cualidades como el ser fuerte, activo y racional. A la mujer, por su parte, le correspondería los roles expresivos: esto es, educar y criar a los hijos, atribuyéndosele características relacionadas con la debilidad, la afectividad, la pasividad, en concordancia con el mundo interno (León, M., 1995).

Si es que se puede hablar de una fragmentación entre el ser natural y el ser cultural, el erotismo representa la instancia de ruptura de la premisa reproductora, base previa para las modificaciones en los lazos de parentesco, las uniones impuestas y el amor elegido. A. Giddens (1992:35)⁷ ha nombrado a estos hechos históricamente determinantes de las relaciones humanas como "sexualidad plástica".

El modo de comprensión teórica de la sexualidad se ha dividido entre posturas esencialistas y social constructivistas. Se puede tomar como ejemplos del primer campo a la psicología evolucionista neodarwiniana ligada a la sociobiología, de peso académico o por lo menos de constancia en los medios universitarios de EUA, con su énfasis en las estrategias reproductivas centradas en el accionar de una presión genética que busca su realización. Las investigaciones genéti-

cas, hormonales, o cerebrales son paradigmáticas de una aproximación esencialista. El esencialismo implica una creencia en que ciertos fenómenos son naturales, inevitables, universales y biológicamente determinados.

De acuerdo a las posturas constructivistas sexualidad es el término que actualmente usamos para nuestra concepción y sistematización específica, histórica y cultural del fenómeno, la forma en que estamos representando lo sexual como una entidad social.

Es un constructo social, que opera en campos de poder, y no meramente un abanico de impulsos biológicos que o se liberan o no se liberan (Giddens, 1992:31)⁸,

Foucault creía que la sexualidad no debe entenderse como una especie de supuesto natural que el poder trata de mantener bajo control, ni como un terreno oscuro que el conocimiento trata de revelar gradualmente. Sexualidad es el nombre que se da a un concepto histórico. (Foucault 1979:105)⁹ ligado a los mecanismos de producción de verdad y saber. Historia de un concepto que no es de una vez y para siempre la de su afirmación en progreso, de creciente racionalidad, sino la de sus diferentes campos de constitución y validez, la de sus reglas de uso sucesivos.

Para Foucault el modo de estudiar el fenómeno reside en la captación de las múltiples influencias que han moldeado lo que llama el "Dispositivo de la sexualidad", cuyo propósito a partir del siglo XVIII, apunta a reemplazar al "Dispositivo de alianza", anclado en la familia. Los ejes centrales del dispositivo de alianza son las reglas que definen lo permitido y lo prohibido, busca reproducir el juego de relaciones y mantener la ley que las rige, establece un lazo entre dos personas con un estatuto definido, se encuentra articulado con la economía mediante la transmisión o circulación de los bienes y riquezas, favorece la reproducción y las problemáticas de las relaciones entre marido y mujer y entre los padres y los hijos, en suma, se orienta a mantener la homeostasis del cuerpo social.

A partir del siglo XVIII, un nuevo dispositivo se le superpone y reduce su importancia, es el dispositivo de la sexualidad. En contraste con el dispositivo de alianza, el dispositivo de la sexualidad plantea técnicas móviles, polimorfos y coyunturales de poder, amplía el dominio y la extensión permanente de las formas de control, se hacen pertinentes los placeres y las sensaciones del cuerpo, vincula a la economía con el cuerpo a

⁷ A. Giddens 1992. La Transformación de la intimidad. Cátedra. Madrid.

⁸ Ibidem.

⁹ Ibidem.

través de los placeres que produce y consume. Para el primer dispositivo lo central es el lazo entre dos personas de estatuto definido, para el segundo, lo son las sensaciones del cuerpo, la calidad de los placeres.

Históricamente Foucault busca núcleos y ejes que permitan entender el despliegue de los dispositivos de la sexualidad y los encuentra en:

Los sistemas de poder que regulan su práctica.

La formación de saberes que a ella se refieren.

Las formas que los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad.

Del mismo modo establece lo que llama ejes de la experiencia sexual, que son:

- La relación con el cuerpo.
- La relación con la esposa.
- La relación con el mismo sexo.
- La relación con la verdad y con los procedimientos para producirla.
- La relación con el “si mismo”

Para investigar la dinámica histórica que ha posibilitado el surgimiento de estos temas, utiliza una genealogía y una arqueología acerca de la sexualidad la que le permitirá asumir una posición interpretativa acerca de la historia y las relaciones de poder en relación a esta temática. De esta manera, será situado el surgimiento del dispositivo discursivo de la sexualidad como uno de los efectos de ciertas prácticas en un momento histórico y social determinado. Aún comprendiendo que:

“Si es verdad que la sexualidad es el conjunto de los efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por cierto dispositivo dependiente de una tecnología política compleja, hay que reconocer que ese dispositivo no actúa de manera simétrica aquí y allá, que por lo tanto no produce los mismos efectos” (Foucault, M.; 1996, Pág. 154).

Lo que Foucault tratará de recorrer históricamente, es por qué y desde cuándo se ha hablado de sexualidad, qué se ha dicho, quiénes lo han hecho, qué instituciones lo han hecho, qué saberes y poderes se constituyen, qué efectos de poder son inducidos por lo que de la sexualidad se dice; en suma, interrogar por la voluntad de saber y la *puesta en discurso del sexo*; los discursos de la sexualidad y la voluntad humana que los mueve. Genealógicamente, el autor busca el cómo los individuos han construido una hermenéutica del deseo. Se pregunta cómo y de qué forma

se constituyó la actividad sexual como dominio moral. Siguiendo la idea de poder positivo; es decir no lo que el poder prohíbe, si no lo que formula como deseable, se pregunta cuáles eran las formas con las cuales orientarse para reconocerse a sí mismos como sujetos.

En contraste con la idea de sólo un poder represivo constituido en elemento fundamental y constituyente a partir del cual se organiza la historia Foucault conceptualiza la idea de un poder productivo: El poder positivo alude al fenómeno que produce una incitación a los discursos de la sexualidad, en orden a nombrar, a clasificar el sexo; un poder positivo en el sentido que insta una ciencia del sexo.¹⁰

Por tanto, no le importa preguntarse si los discursos de la sexualidad son “verdaderos o falsos”, sino *la voluntad de saber* que les sirve de soporte, es decir situar la pregunta por la represión del sexo históricamente en la economía general de los discursos. Desde que “El poder más que reprimir, produce realidad, y más que ideologizar, más que abstraer u ocultar, produce verdad”¹¹

Este modo de concebir la sexualidad lo separa de los enfoques naturalistas o metateóricos característicos en los investigadores de fines del siglo XIX y XX, quienes en definitiva creían en una sexualidad natural e instintiva sobre la cual influyen la cultura y la represión. Weeks señala las características de este nuevo enfoque: la primera es el rechazo a esta premisa que visualizaba a la sexualidad como un fenómeno natural y autónomo, de efectos específicos y como fuerza rebelde opuesta al control social.

Una vez que la sexualidad se comienza a entender como “concepto”, como una serie de representaciones, se desvanecen las especulaciones sobre el conflicto entre un poderoso instinto sexual y las exigencias culturales. Las pregun-

¹⁰ Es necesario acotar el modo en que Foucault se refiere al poder:

Sin definirlo MF adelanta un número de proposiciones globalizadas en un concepto. Señala que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o, al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan unas de otras; las estrategias por último, que las tornan efectivas.

El poder no es una institución, y no es una estructura, es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada.

¹¹ Foucault, M. 1984. Vigilar y castigar. Paidós Studio. Buenos Aires. Pág. 221.

tas se desplazan hacia las razones por las cuales la cultura occidental ha construido tal dispositivo.

En segundo lugar se reconoce la variabilidad, de modo tal que se arriba al concepto de "sexualidades", señalando el modo en que la diversidad, y no la uniformidad caracteriza el despliegue de los efectos del dispositivo sexual.

En tercer lugar se reveló como inútil la mirada centrada en las dicotomías de represión y liberación (1994: 182, 183)¹², para recentrar el análisis en el modo que el sujeto establece el control de sí mismo, fin último de todas las tecnologías del yo del siglo XX.

Las nuevas preguntas se dirigen a interrogar sobre la misma configuración de la sexualidad, y a sus nexos con el poder, las estructuras económicas, sociales y políticas. A sus contenidos en términos de representaciones. A su papel en la cultura. A sus efectos sobre los cuerpos, las conductas y las relaciones sociales. A sus nexos con el género, la identidad, el deseo, el placer, el sí mismo.

Aunque tampoco significa tomar en cuenta a la sexualidad como una categoría sociológica más, sino que principalmente como una categoría vital y también un poderoso organizador de la vida erótica, que trasciende el nivel biológico hacia el mundo social, pero que no pierde sus raíces corporales.

El estudio de la sexualidad es elusivo, porque como manifestación cultural e histórica no se congela, sino que se modifica en los discursos, en las prácticas y en los sentidos otorgados a dichas prácticas.

En la búsqueda de una definición más abarcativa de sexualidad, que acepte la importancia del carácter simbólico y social de ésta, encontramos los postulados de Spira y Bajos (1993)¹³, quienes observan los comportamientos sexuales precisando que comprenden un repertorio de prácticas sexuales, un repertorio de escenarios y un repertorio de significados. El interés de estos investigadores no se limita tan sólo a las prácticas consideradas riesgosas, en el contexto de la epidemia del SIDA. La sexualidad es enfocada en su multidimensionalidad, como una construcción social, y en un marco relacional y simbólico.

Una **práctica** sexual define toda actividad física y mental unida a la excitación sexual, y no sólo los comportamientos que concluyen en orgasmo, de al menos una persona. Entre las acti-

vidades se distinguen las prácticas sexuales o tipos de contactos corporales.

Un **escenario** se presenta como una serie de actividades y prácticas sexuales en un contexto con una pareja determinada. Se trataría de las representaciones que los individuos tienen de las experiencias sexuales que ellos han vivido o desean vivir, así como las que no han vivido y no desean vivir. Las prácticas o actividades sexuales son organizadas en repertorios cuyos elementos pueden actuar en distintas escenas según la naturaleza de la relación socio-sexual.

Los **significados** son los valores y las funciones atribuidas conscientemente o no a la actividad sexual. Según las situaciones uno puede considerar que la actividad sexual expresa un deseo de procreación, que ella contribuye a crear una relación o que permite la satisfacción de una necesidad.

Entiendo las prácticas sexuales como la puesta en juego de un discurso de género, cultural e históricamente situado.

Desde que como señala T. Ibañez "Los términos y las formas por medio de las que conseguimos la comprensión del mundo y de nosotros mismos son artefactos sociales, productos de intercambio situados histórica y culturalmente y que se dan entre personas."¹⁴ Porque las prácticas sociales se generan en un determinado momento histórico, es decir, el conocimiento no se inscribe en tanto representación de un mundo, sino como práctica. Las descripciones y explicaciones, por lo tanto las nociones de "verdad", no se derivan del mundo "tal como es" ni de predisposiciones genéticas ni estructurales de los seres humanos, sino que son resultado de la coordinación humana de la acción. Son inevitablemente contingentes, sociales e históricas; por lo tanto cambiantes, cambiables y relativas a una cultura dada. Alcanzar la comprensión implica participar en pautas de relación o, en términos más generales, en bloques de tradición (religiosos, sociales, culturales, genéricos). Esto equivale a afirmar que "las comprensiones se *sedimentan culturalmente*" (Gergen: 1966)¹⁵.

Por Roberto Rosenzvaig

¹² Weeks, J. La Sexualidad e Historia: reconsideración. Miguel Angel Porrúa Editor. Mexico. 1994

¹³ Spira y Bajos "¿Ha cambiado la sexualidad? Observaciones acerca de la actividad sexual y sus significados en la era del SIDA". Francia, 1993.

¹⁴ Ibañez, T. "Psicología social construccionista." Pág. 266. Universidad de Guadalajara. México, 1994.

¹⁵ Gergen, K. "Realidad y relaciones: aproximaciones a la construcción social". Editorial Paidós, 1996.